CAPITULO XII.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: CARACTERES DEL APOSTOLADO CATÓLICO.

El apostolado católico, cuyo cuadro hemos bosquejado rápidamente, presenta á todo espíritu observador cuatro caracteres culminantes, propios, exclusivos: perpetuidad, fecundidad, desinterés y fuerza.

Nuestros misioneros, como se ha visto, se suceden sin interrupcion desde el primer siglo hasta el diez y nueve: véase el carácter de perpetuidad. No hay siglo, no hay medio siglo en que no hayan conquistado algun nuevo pueblo para la Iglesia católica, y en que no hayan verificado maravillosas transformaciones de ideas y costumbres: desde un polo al otro todo lo han doblegado á la doctrina dogmática y moral del cristianismo, la diversidad de razas, de inteligencias, de temperamentos, de hábitos, de instituciones (1): véase el carácter de fecundidad. No hay nacion lejana, no hay tribu que no haya tenido que admirarse de verlos internar en su seno, no por amor á la glo-

(1) Véase los *Beneficios de la religion crist.*, por Eduardo Ryan; la *Historia general de las Indias*, por Herrera; la obra de Muratori sobre las misiones del Paraguay: la *Historia del Japon* y la *Hist. del Paraguay* por Charlevoix; las *Cartas edificantes*, etc.; los *Anales de la propagacion de la fé*; la *Histor. de las misiones*, por Henrion: las *Conferencias sobre las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica*, por N. Wiseman, tom. I, conferencia séptima.

ria y á la ciencia, no por amor al oro ó á la plata, sino por la caridad sola, por el amor de Dios y el amor de sus semejantes á Dios: véase el carácter de desinterés, al que un autor anglicano ha rendido este magnífico homenage: «Hay que confesar que es un espectáculo admirable para todo hombre imparcial, ver á aquellos hombres excitados por motivos tan diferentes de la mayor parte de las acciones humanas, exponerse á toda especie de peligros, sacrificar todas las comodidades de la vida, vencer todas las prevenciones que van unidas á la cualidad de extranjeros en un pais donde se mira como un crímen abandonar los sepulcros de los antepasados, y finalmente obtener los establecimientos necesarios para la propagacion de su fé, *sin hacer servir nunca su influencia á sus intereses personales*. Su conducta supone por necesidad sentimientos que los mundanos apenas creen que puedan existir (1).» En una palabra, no hay tierra evangelizada por nuestros misioneros que no haya sido regada con sus sudores, casi ninguna que no lo haya sido con su sangre, y en donde no hayan señalado su ministerio con sufrimientos, con muertes heróicas. Véase el carácter de fuerza que tan bien expresan estas palabras de una carta de M. Chauveau, clérigo de las misiones extranjeras, fechada en Macao á 20 de noviembre de 1845: «O los chinos nos escuchan, ó nos ex-

(1) *Relacion auténtica de una embajada enviada por el rey de la Gran Bretaña al emperador de la China*, por sir G. Staunton, Londres, 1797, tom. II.—Véase los *Anales de la propagacion de la fé*, número 30.—En ese mismo número se halla un estracto del periódico protestante la *Revista mensual* (enero de 1831), que llama á los misioneros franceses, españoles y portugueses de América, los padres y bienhechores de los pueblos, *por cuya salvacion*, dice, *velan con tanto cuidado y tanto celo*. A este homenage hay que añadir el de un escritor protestante, que al hablar de los jesuitas (bastante odiados, como es sabido, por la Reforma, para que la pluma de uno de sus adeptos debiera naturalmente negarse á ese elogio) dijo: que «los triunfos de sus misioneros provenian especialmente *de su heróica caridad.*» (*Quaterly Review*, núm. LXIII, página 3).—Sir Alejandro Johnston, alto juez de la isla de Ceilan, ha elogiado tambien el desinterés de los misioneros católicos (*Conferencias* de N. Wiseman; conferencia séptima).

pulsan, ó nos matan. Si nos escuchan, se convertirán, si nos expulsan, volveremos á entrar; si nos matan, otros vendrán (1).»

Citemos ahora ante el tribunal de una razon imparcial á las sectas separadas de la Iglesia católica, para que reciban auténticamente, caso de que les sea debido, el honor de compartir con ella esa espléndida corona del apostolado, ó para que se vean obligadas á confesar que á ella sola pertenece esa corona, y que ella sola es la heredera legítima de los doce primeros misioneros de Jesucristo.

Compareced primero vosotras, sectas del Oriente, y venid á sufrir la prueba jurídica de esta comparacion. Ignoro que jamás hayais aspirado al honor de un proselitismo á la vez puro, fecundo, universal, y esto solo os pone fuera de parangon; esto solo, en presencia de la Iglesia católica, os convence de una inferioridad abrumadora, de una flagrante infidelidad al gran precepto del Hombre-Dios: «Id é instruid á todos los pueblos (2).» Pero por otra parte, veo el celo de los nestorianos encerrado en algunos rincones de la Tartaria y de las Indias, donde se ha extinguido, y el de los griegos circunscrito á los límites de la Rusia y de la Bulgaria. Ahora bien, esos ensayos atajados como por una muralla de bronce, no hacen mas que redoblar vuestra confusion: no haber intentado nada, sería evidentemente quedar vencidos; pero haber intentado avanzar y concluir luego por hacer de la inaccion un hábito y una especie de naturaleza, es asemejarse al viajero enfermo que se detiene á poco de haber emprendido su marcha porque le falta el corazon, y que renuncia á seguir su viaje porque desespera de llegar al término.

Están juzgadas, pues, las sectas de Oriente. Llamemos al protestantismo, y para evitar toda sospecha de parcialidad, limitémonos á invocar aquí los testimonios de los suyos en todo lo que les sea desfavorable.

(1) *Anales de la propagacion de la fé*, núm. 105.
(2) San Mateo, XXVIII, 19.

mútuamente; escenas horribles de desesperacion manchan las últimas convulsiones del pueblo judío que espira como pueblo; sus escombros se esparcen al viento, y todavia vemos sus tristes restos errantes por el universo y recordando á todas las naciones por un infortunio sin ejemplo, el crímen inaudito de sus antepasados deicidas.

No se hallaban aun vencidos estos, cuando se levantó contra la Iglesia el paganismo armado con toda la influencia de las mas añejas y tenaces preocupaciones, con toda la fuerza de las pasiones mas profundamente arraigadas en el corazon del hombre, con toda la autoridad de los sacerdotes, con todo el ascendiente de los talentos cultivados, con todo el poder de los magistrados, con la omnipotencia de los Césares. Era una guerra á muerte entre el cristianismo tan jóven todavia y sin armas, y aquel robusto y vigoroso atleta, cubierto de bronce, capaz humanamente de derribarlo y reducirlo á polvo. Coge este á su adversario á brazo partido, destrózale con sus garras de hierro como el tigre á su presa, corre la sangre y no es por eso el herido menos temible: ¿qué digo? gana terreno al paso que pierde sangre, y el que la hace verter vomitando contra él torrentes de calumnias, burlas y ultrajes, se debilita por grados y retrocede. El paganismo gasta en este duelo incomparable, en que tiene de su parte todo lo humano, un largo período de su demasiado larga vida. Por espacio de tres siglos emplea en él todo su ser: sepulta en los abismos del mar, quema, deshace, descuartiza, entierra vivos á los cristianos. ¡Vanos esfuerzos!..... Cansado al fin de suplicios, de matanza, de brutal ferocidad, se detiene para contemplar su obra, y al ver tantos girones humanos todavia palpitantes en sus brazos empapados en sangre, esclama: *He vencido*, y acuña una medalla en memoria de la *estincion del nombre cristiano*; y erige una columna *al cristianismo abolido* (1). Y mientras bate palmas sobre los cadáveres de los mártires, el cristianismo avanza un paso

(1) Véase la *Hist. del establ. del crist.*, por Bullet.

mas en la arena y este paso le basta para ir á sentarse en el trono imperial, desde cuya altura derriba el trofeo de la idolatría moribunda y los templos que le quedan (1).

Pero ¡oh prodigio! ¡oh caminos maravillosos de la Providencia! Con la guerra en su seno y con divisiones intestinas que la desgarran, combate la Iglesia por fuera y triunfa. Desde el primer siglo veo á seis sectas diferentes empeñarse en debilitar su fuerza vital y en comprimir su desarrollo. Y despues cada siglo, á escepcion del décimo en que permanecian ocultos y en silencio varios errores esparcidos por una y otra parte, cada siglo, ha ido suministrando regularmente varias cabezas (á veces hasta trece y hasta diez y siete) (2) á esa hidra de la heregía que en sus variedades tan numerosas parece inmortal para realzar el esplendor de la Iglesia, inmortal tambien, pero en su invariable unidad. Cada secta tiene su fisonomía, su carácter marcado, su nombre particular; y sin embargo, si pregunto á cada una conforme las veo pasar sucesivamente por delante de mí en la historia, lo que en otro tiempo preguntaba Jesús al endemoniado Geraseniense: «¿Cuál es

(1) No hablamos de la persecucion del emperador Juliano el Apóstata que renovó contra la Iglesia todas las que habia sufrido en los tres primeros siglos. «Lo mismo que los filósofos confidentes suyos (dice Bullet en la *Hist. del establ. del crist.*), apoyó la idolatría con falsos prodigios; separó de ella los absurdos chocantes; trató de mejorar sus costumbres, le devolvió la pompa de sus ceremonias, la sostuvo con su ejemplo, la quiso hacer amar con sus beneficios. Al cristianismo, por el contrario, lo atacó con sátiras, lo combatió con obras, protegió á todos sus enemigos, amenazó con su indignacion á los que lo profesaban, aprobó las violencias que se empleaban contra estos, de suerte que los paganos mismos le han censurado de haber sido un perseguidor demasiado ardiente de los cristianos aunque se abstuvo de derramar su sangre: *Nimius religionis christianæ insectator perinde tamen ut cruore abstineret* (Eutrop., l. X, núm. 16). Prohibió á los cristianos pleitear, añade Ticller (*Dicc. hist.*), defenderse en justicia, y ejercer cargos públicos. Hizo mas, pues no quiso que enseñasen las bellas letras sabiendo las grandes ventajas que sacaban de los libros profanos para combatir el paganismo.....» ¿Pero de qué sirvieron tantos esfuerzos? De proporcionar á la Iglesia un nuevo triunfo.

(2) Véase la *Tabla de los doce primeros tomos de los Anales de filosofía crist.*, art. *Heregías*.

tu nombre?» todas podrán contestarme uniformemente: «Me llamo *legion* porque somos una muchedumbre (1).» Cada una es en efecto una *legion*, un *ejército* temible, menos todavia por el número de los que cada heresiarca seduce y asocia á la guerra contra la Iglesia, que por el número de los hijos que él y sus adeptos dejan en pos de sí, y por la funesta confraternidad que une á todos los sectarios, cualquiera que sea su bandera, á todos sin escepcion contra aquella fiel depositaria de la doctrina apostólica..... ¿Cuántas veces tambien no se ha mostrado la heregía armada de teas y puñales tanto como de sofismas, calumnias y ultrajes? ¿Cuántas veces no ha apelado, escudada con los decretos y la fuerza de los príncipes de la tierra, á todas las pasiones, á todas las violencias contra aquella *columna de la verdad divina* (2)? Y no hablo del mahometismo, cuya fuerza material, ciega, inflexible, identificando el culto y el Estado y sometiéndolo todo al dogma de la fatalidad, hizo tan profundas heridas al reino de la Iglesia en Asia, África y Europa, ni del cisma de Oriente, á que dieron orígen pretensiones ambiciosas, que favorecieron grandemente las revoluciones políticas de las dos partes del imperio y que ha alimentado siempre contra la Iglesia católica una antipatía, un odio señalado mas de una vez por la persecucion.

En esa guerra casi continua de la heregía contra la Iglesia, ha ido aquella á guarecerse con frecuencia osada, vigorosa y hasta elocuente en los labios ó en la pluma de hombres poderosos por sus ideas, por sus palabras, y así el ataque ha sido mas temible, la victoria mas difícil, el triunfo mas brillante. Véase, por ejemplo, á Basilides, á Valentino, á Marcion, á Tertuliano, á Manés, á Donato, á Arrio, á Macedonio, á Joviniano, á Pelagio, á Vigilancio,

(1) *Quod tibi nomen est? Legio mihi nomen est, quia multi sumus.* (San Marcos, V, 9).

(2) *Eclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis*, (I, Timoteo, III, 15).

á Nestorio, á Eutiquio, á Gotescale, á Berenger, á Arnaud de Bresse, á Amauri; véase á Lutero, á Calvino, dotado el uno de una facundia ardiente, arrebatadora y de una manera de argumentar en cierto modo corrosiva: mas erudito el otro que el fraile Agustino de Sajonia, menos elocuente, menos preciso, pero de una elegancia y pureza de estilo notables, sutil, perspicaz, versado en la ciencia de la Escritura y de los Santos Padres. ¿Y en nuestros dias la heregia del siglo diez y nueve no ha tenido su orígen en un hermoso génio que por espacio de quince años habia sembrado como una especie de encanto sobre los espíritus por el lujo de una elocuencia deslumbradora, por la fuerza de una lógica llena de vigor y de imágenes?... Pero á la voz reverenciada del augusto jefe de la Iglesia, se quedó solo el que poco antes se veia rodeado de tan brillante comitiva, y ha podido oir de lejos á sus numerosos admiradores y á sus ilustres amigos repetir con dolor estos acentos del profeta: «¿Cómo has caido tú que brillabas como el astro de la mañana (1)?»

Véase como desde los apóstoles ha tenido la Iglesia que sufrir constantemente los ataques violentos del error; y sin embargo esa nueva Jerusalen permanece siempre en pié, siempre la misma. Ni una sola piedra han podido desprender de su unidad admirable los golpes incesantes del ariete enemigo, y ante sus muros yacen sepultadas todas las sectas que la han batido en brecha, todas á escepcion del cisma griego á quien hemos visto ya caminando á la disolucion, pero al que por una parte una sumision llena de servilismo al poder de la media luna y por otra el absolutismo imperial y pontifical del czar retienen sobre la pendiente de su ruina. A esta escepcion solo hay que añadir algunos restos casi desapercibidos y descompuestos de antiguas heregías en ciertos rincones de Oriente; y en el Occidente, la Reforma que va revolviéndose en ese deismo

(1) *Quómodo cecidisti qui mane oriebaris?* (Is. XIV, 12).

vago que la voz del gran Bossuet le asignó en otro tiempo como último término y como tumba (1).

A la verdad que hay motivo en esto para sorprender y admirar al ánimo mas preocupado con tal que sea recto y sincero. Entréguese á la accion devastadora del tiempo y á los ataques contínuos reproducidos bajo mil formas, ardientes siempre y fuertes con el apoyo de las pasiones humanas, una institucion cualquiera humana tambien que no sea favorable á los intereses de esas mismas pasiones, pero establecida lo mas sólidamente que se quiera: ¿cuántos años se necesitarán para trastornarla, mutilarla, destruirla?... ¿Cómo, pues, la Iglesia católica ha podido pasar diez y ocho siglos contrariando todas las pasiones humanas, sufriendo contínuamente con la accion corrosiva del tiempo las luchas mas violentas, mas obstinadas, mas terribles, sin doblegarse jamás, rompiendo sin contemplacion con los reyes, con los conquistadores, con el génio, con los pueblos, tan luego como el interés de la verdad se hallaba comprometido por su obstinacion (2)? ¿Y cómo es que se muestra todavia á nuestros ojos tal como salió de las manos de su autor? No, no: esa integridad de constitucion tan duradera que desafía todos los poderes del mundo materiales é intelectuales, esa identidad permanente de doctrina, de organizacion, de espansion contínua, esa virilidad perpetua en medio de los elementos de alteracion y decadencia mas activos renovados sin cesar, no llevan el sello de un hecho natural. Pero si ese hecho no está en la esfera de la naturaleza, es sobrenatural, es divino: esto salta á la vista de

(1) *Sesta advertencia á los protestantes*; II *Instruccion pastoral sobre las promesas de la Iglesia.*

(2) «Los Estados, dice Pascal, perecerían si á veces no se hiciese á las leyes plegarse á la necesidad. Pero nunca la Iglesia ha permitido eso ni lo ha usado nunca. No es extraño que una institucion se conserve doblegándose, y aun esto no es propiamente conservarse: los Estados mismos perecen á pesar de eso enteramente, y no hay uno que haya durado mil quinientos años. Pero que esa religion se haya conservado *siempre é inflexible* es cosa divina.» (*Pensamientos*, parte 2.ª)

todos y habla alto, muy alto para hallar eco en todas las almas que aman sobre todo la verdad.

Lo que acaba de poner en relieve el sello divino marcado visiblemente en ese hecho es que la Iglesia ha sostenido intacta el esfuerzo constante de todas esas luchas, á pesar de hallarse frecuentemente desgarrada con escándalos: escándalos de hábitos seculares, y hasta militares en la tribu sagrada; escándalos de abusos de riquezas; escándalos de intrigas políticas; escándalos de ambicion puramente humana; escándalos de rivalidades deplorables; escándalos de apostasías solemnes; escándalos de inmoralidad..... ¿qué se yo? Cuanto mas se añada á esa multitud de escándalos diversos, mas se realzará esa fuerza divina que ha resistido á tantos ataques mortales. Consúltese la historia: limitándome á hablar no mas que de los jefes de la Iglesia, vereis la barca de San Pedro *agitada como una criba* (1) por la tempestad de las pasiones humanas, lanzada hasta las nubes por las olas furiosas, hundida de repente en los abismos, arrojoda bruscamente contra los escollos, pero sujeta siempre invariablemente al áncora de la doctrina ortodoxa. Ha podido ser sacudida con violencia, pero no romperse: ha podido verse cubierta por las olas, pero nunca sumergida: ha tenido pilotos infieles, é infieles á la santidad, al honor de su divino ministerio (2), pero que han sido siempre fieles á la pureza, á la verdad de la doctrina. Sin duda que han podido mostrar las tristes flaquezas de la humanidad; pero en medio de esas flaquezas jamás han enseñado, aprobado ni tolerado error alguno ni aun en moral. ¿Y es esto humano tambien?... Que en una série de doscientos cincuenta y ocho pontífices romanos haya habido algunos que bajo el peso del honor inmenso de la

(1) San Lucas, XXII, 31.

(2) Véase la *Religion del corazon*, por el abate de Baudry, 2.ª parte, seccion 8;—el *Guia del catecúmeno valdense*, por M. A. Charvaz, t. II, l. V, conversacion 3.ª;—*Conferencias sobre las doctrinas, etc. de la Iglesia católica*, por N. Wiseman: conferencia octava.

triple corona se hayan doblegado como hombres, es natural y nada mas: ¿no eran acaso hombres?..... De doce apóstoles elegidos por el mismo Jesucristo, amaestrados y preparados largo tiempo por ese divino Maestro para el apostolado, hubo un avaro, un ladron, un traidor sacrílego que vendió á su Dios por treinta dineros. Pues hágase ahora la comparacion: aun admitiendo las apreciaciones parciales del fogoso Dawisson relativamente á 12 y á 258 la proporcion es exacta, casi matemática. Pero que de esos 258 papas haya habido cerca de 60 dignos de ser venerados en los altares (y sabido es qué heroismo y qué pruebas de virtud exige la Iglesia para ese honor), cerca de 60 cuya mitad ha consagrado con su sangre las gradas de la silla apostólica; que de esos 258 en quienes el Pontificado dejaba subsistentes las inclinaciones de la naturaleza corrompida y que se hallaban ademas espuestos por su elevada posicion á las faltas y á los abusos de toda especie, haya habido tan pocos que hayan flaqueado; que ese corto número haya aparecido en una época que fué como la hez de los siglos cristianos, en una época en que la corrupcion de las córtes de Europa era universal y cenagosa, en una época en que las cábalas, las intrigas criminales de la ambicion debian por necesidad relajar las costumbres, y en que era casi imposible que esa relajacion no penetrase hasta en el santuario, y que los manejos y violencias de los partidos no ocasionasen algunas elecciones deplorables (á no ser por un milagro que Dios no estaba obligado á hacer); que ese corto número haya pasado sobre el trono apostólico en un tiempo en que no habia otro peligro grave para la Iglesia, como las nubes preñadas de desastres pasan providencialmente sobre nuestras cabezas cuando nada hay en la atmósfera que pueda desgarrar sus costados para devastar y destruir nuestras ricas cosechas: que ese corto número haya conservado religiosamente el depósito de la revelacion, y la Iglesia nada haya tenido que sufrir por ellos ni en la harmonía de su fuerte constitucion, ni en la unidad de su enseñanza, mien-